

Lina Galán

DEMASIADO ORGULLOSO

SERIE O'BRIEN, 2

booket

Lina Galán

Demasiado orgulloso

Serie O'Brien, 2

Esencia/Planeta



La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías.

Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© Lina Galán, 2022

© Editorial Planeta, S. A., 2022

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.esenciaeditorial.com

www.planetadelibros.com

Diseño de la cubierta: Booket / Área Editorial Grupo Planeta

Imagen de la cubierta: Shutterstock

Primera edición en Colección Booket: julio de 2024

Depósito legal: B. 11.525-2024

ISBN: 978-84-08-29028-5

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: Liberdúplex, S. L.

Printed in Spain - Impreso en España

Capítulo 1

Nueva York, en la actualidad

NATHAN

—¡Maldita sea! —exclamé en cuanto cerré la puerta—. ¡¿Qué diantres le pasa a mi hermano?!

Acababa de recibir la visita de Shane y su insufrible prometida. Habían aparecido en mi casa de repente para darme una gran noticia: se habían reconciliado e iban a casarse en pocos meses.

Lo de «gran noticia» es ironía, por supuesto.

—Vamos, tranquilízate, cariño. Ya sabes cómo es Shane de hermético, pero también de cabezota. Puedes hablar con él, pero veo bastante improbable que te haga caso. Si ha decidido casarse con Valerie, será difícil hacerlo cambiar de opinión.

Abbey, con su habitual dulzura y comprensión, me condujo al porche trasero de la vivienda, junto a la piscina, y trató de calmar la ira que me carcomía. Hacía tan solo unas semanas que mi hermano había roto con Valerie, después de saber que ella lo había traicionado... conmigo.

Era algo que me seguía haciendo sentir muy misera-

ble, pero había ocurrido hacía muchos meses, yo estaba borracho y quería probar que ella no era la mujer adecuada para Shane...

Vale, demasiadas excusas. Al final, tuve la suerte de que mi hermano me perdonase y de que Abbey no me lo tuviera en cuenta, puesto que sucedió antes de conocerla. Me sentí muy afortunado al pensar en las personas que me rodeaban.

Y en ese momento, imaginar que mi hermano se iba a unir en matrimonio a esa mujer...

—Es que no puedo entenderlo, cariño —le dije con impotencia—. Comprendería que Shane no deseara nada serio y se limitase a rollos esporádicos mientras se centra en su carrera laboral... pero casarse sin estar enamorado, solo por escalar profesionalmente... no me cabe en la cabeza. Nunca imaginé que Shane fuese tan ambicioso.

—¿Por qué crees que lo hace? —me preguntó—. Me refiero a por qué no esperar a encontrar a alguien para casarse. ¿Estás seguro de que es por ambición?

—No lo sé —farfullé—. Siempre hemos estado muy unidos, pero, mientras que yo le describía hasta las bragas de mis ligues, él nunca me ha contado nada de su intimidad ni me ha hablado de sentimientos. Siempre ha sido tan reservado...

Abbey compuso un mohín de disgusto y colocó los brazos en jarras.

—Así que las bragas de tus ligues... —protestó—. Ya tardabas en mencionarme tu agitada vida sentimental, como el día que encontré, precisamente, una de esas prendas en tu casa.

No quería ni recordar aquel momento. La primera vez que Abbey se presentó en mi casa e hicimos el amor, se topó con unas bragas rotas en la papelera del baño. Nunca antes me había sentido avergonzado por algo así.

—Ven aquí, cielo.

La atraje hacia mí y la abracé para pegar mi cuerpo al suyo. Ambos estábamos en traje de baño, porque la inoportuna visita nos había pillado en la piscina, donde Abbey y yo habíamos empezado a besarnos... y a desnudarnos.

—Seguro que ahora me convencerás con tu labia, tu sonrisa, tus ojazos azules... —Suspiró con un gruñido.

Recoloqué un mechón de su cabello castaño detrás de su oreja y la observé con ternura. Me seguía sintiendo el hombre más afortunado del planeta por tener a una mujer como ella a mi lado, tan bonita, tan especial, tan absolutamente maravillosa. Sentí un pinchazo en el corazón, como cada vez que era consciente de lo mucho que la amaba.

¿Cómo podría hacerle entender a mi hermano que valía la pena esperar para encontrar lo que yo tenía?

—Bueno, he perdido un poco la práctica desde que solo estoy contigo... ¡Ay! —me quejé cuando mi observación me valió un codazo en las costillas y que Abbey se apartara de mí.

—¿Solo conmigo? —refunfuñó.

Me pareció atisbar una sombra de pesar en sus ojos grises, que se volvían fríos y distantes cuando alguien le hacía daño. La conocía muy bien. Y no iba a ser yo quien la lastimara nunca más. Ya lo hice bastante en el pasado.

—Cariño... —atrapé su mano y la pegué de nuevo a mí—, no creo que sea nada malo decirte que me siento como un novato en casi todo lo concerniente a ti. Es la primera vez que me enamoro; la primera vez que vivo con una mujer; la primera vez que siento que lo tengo todo. Te amo, Abbey, y nunca antes había amado a nadie como te amo a ti.

Incliné la cabeza para acercar mi boca a la suya, pero, antes de que nuestros labios se rozaran, Abbey me empujó con fuerza y caí a la piscina de espaldas. Me pilló tan desprevenido que impacté contra la superficie y formé una gran onda de agua y salpicaduras.

—No ha estado mal —me dijo desde el borde de la piscina mientras yo tomaba aire y sacudía el agua de mi cabello—. Tengo que confesar que todavía tienes bastante encanto.

Reí ante su fingida indignación. La risa era algo que no faltaba en nuestra relación.

—Pues, si solo crees que tengo «bastante» encanto, te atreverás a meterte en el agua conmigo.

—Por supuesto que me atrevo.

Abbey se lanzó al agua de cabeza con una impecable zambullida, y emergió junto a mí. Después de apartarse su mojada cabellera castaña, enlazó mi cuello con sus brazos y mis caderas con sus piernas mientras parecía repasar cada rasgo de mi rostro.

—Joder, no tengo nada que hacer —gruñó—. Tus ojos, tu pelo, tu cuerpo... Me sigues pareciendo un maldito modelo nórdico. ¡Eres demasiado perfecto!

Bajo el agua, nuestros cuerpos reaccionaron al contacto. Conforme pasaban los días, la atracción mutua seguía creciendo.

—Ya sabes que no soy perfecto —murmuré al tiempo que mis manos viajaban al lazo de la parte superior de su bikini.

—Sí para mí —me respondió, dejando que la despojara de la prenda—, porque me desarmas en cuanto te miro y me sigue saltando el corazón cuando te tengo cerca. Y no solo por tu físico, Nathan O'Brien, sino por lo que escondes aquí adentro. —Posó la mano sobre la parte izquierda de mi pecho.

—¿Y qué te crees que haces tú conmigo?

Deslicé por sus piernas la parte inferior de su bikini y, a continuación, me deshice de mi bañador. Emití un hondo suspiro de placer al abrazar el cuerpo desnudo de Abbey bajo el agua.

—Me sigues volviendo loco, Abigail —le susurré mien-

tras mis manos apresaban sus pechos y ella cerraba los ojos tras un gemido—. Nunca tengo suficiente de ti, y a veces creo que necesitaría fundirme contigo para poder sentirte.

—Nathan... —gimió antes de que capturara su boca y la besara con todo el deseo que me hacía sentir.

—Te amo, Abbey.

Todavía sumergidos, la apoyé contra una de las paredes de la piscina y profundicé el beso mientras ella me correspondía mordiendo mis labios y mi lengua con un deseo que me volvió loco.

—Quiero pasar contigo el resto de mi vida —musité entre besos.

La alcé ligeramente para que sus pechos sobresalieran del agua y poder aferrar un pezón entre mis labios.

—Y yo contigo...

Al mismo tiempo, busqué la entrada de su cuerpo con mi miembro y me hundí dentro de ella en medio del profundo gemido de ambos. Ella se agarró a mis hombros y comenzó a mover sus caderas a un ritmo tan frenético que la superficie de la piscina se onduló, provocando que rebosara agua por cada una de sus partes. En mitad de aquella vorágine de salpicaduras y jadeos, nos abrazamos y besamos con fuerza hasta que observé cómo le sobrevinía el orgasmo a Abbey. Dedicué un instante a contemplar su cuerpo tenso por el clímax, su rostro contraído por el placer, su larga cabellera flotando sobre el agua... Me pareció tan salvaje y hermosa que, solo entonces, me dejé ir y alcancé mi propio orgasmo. Momentos después, continuábamos abrazados dentro del agua.

—Pues sí —murmuré en su oído al tiempo que lamía su oreja y saboreaba la mezcla del cloro y su perfume—, parece que sigo teniendo algo de encanto.

Creí que Abbey me daría un manotazo y saldría indignada de la piscina mientras yo me reía a carcajadas, pero

no fue así. Se quedó quieta, sin dejar de abrazarme y de mirarme.

—Yo también te amo, Nathan.

Aquel era el momento. ¡Debía aprovecharlo!

—Si me quieres y deseas pasar el resto de tu vida a mi lado... entonces... cástate conmigo, Abbey.

Y, en ese instante, sí, hubo manotazo, indignación y huida despavorida.

—¡Eres un manipulador! —me recriminó—. ¡¿Vas a pedírmelo cada día?! ¡Te he dicho que no y seguiré diciéndote que no!

—Tenía que intentarlo. —Compuse una mueca.

—¡Deja de hacerlo! —exclamó antes de enrollarse una toalla alrededor del cuerpo y dirigirse al interior de la vivienda.

—Nunca —murmuré cuando me quedé solo.

Capítulo 2

SHANE

La visita a la nueva casa de mi hermano me había dejado muy mal sabor de boca. Había dado por hecho que su reacción no sería muy amistosa cuando me viera aparecer con Valerie, pero ¿qué le importaba a él con quién me casara yo? ¿Acaso él me había escuchado cuando le había aconsejado que dejara de meterla en todas partes?

—Cariño, ¿estás bien? —me preguntó mi prometida mientras bajábamos del coche, frente a la entrada de la espectacular casa de su familia.

—Sí, estoy bien —rezongué al tiempo que accedíamos al vestíbulo de la mansión de los Vanderberg.

—No tienes que ponerte así por lo que piense tu hermano. Él siempre ha hecho lo que le ha dado la gana, como liarse con esa mujer, que no es más que tu secretaria, e irse a vivir con ella y con su hermana universitaria. No le doy ni seis meses a esa relación.

Estuve tentado de decirle que si estaba ciega y no veía lo que se amaban Nathan y Abbey, que habían sido capaces de superar el engaño que habíamos orquestado para poder utilizarla con fines de espionaje industrial. No es

que yo entendiera mucho de amor, pero algo parecido a una onda caliente me inundaba el pecho cuando los veía juntos.

Sin embargo, como siempre, preferí evitar una discusión con Valerie.

Recorrimos un largo corredor, dejando atrás las arcaicas del techo, la colección de cuadros impresionistas colgados de las paredes, las diversas esculturas sobre columnas y los ramos de flores frescas que adornaban cada rincón y llenaban el aire de olor a otoño. Seguimos al mayordomo y salimos al jardín trasero, donde John y Anne Vanderberg reían y conversaban con un variado grupo de personas.

Me tensé un instante e inspiré con fuerza el aire impregnado de jazmín. Debido a mi cargo como CEO en la Atlantic Group Corp., debía asistir a multitud de eventos y reuniones, pero permanecía en ellas el tiempo estrictamente necesario, ni un minuto más. No me gustaban las aglomeraciones de gente, mucho menos si yo era el centro de atención.

Y, en casa de mis futuros suegros, donde en esos tiempos solo se hablaba de mi boda con su hija, yo era parte de ese jodido centro de atención. Recibí saludos, parabienes, sonrisas, estrechamientos de mano y, sobre todo, miradas de curiosidad. No podía evitar tener la impresión de que ninguna de aquellas personas me consideraba «apropiado» para emparentar con lo más selecto de la élite neoyorquina y norteamericana, puesto que, a pesar de mi importante cargo, provenía de una familia humilde, con un padre policía y una madre peluquera. Además, estaba seguro de que me veían demasiado grande, demasiado serio y demasiado oscuro. Todo eso sin mencionar que la mayoría desviaba la vista con incomodidad cuando me miraba a los ojos.

—Hola, querido —me saludó la madre de Valerie,

con un distante beso en la mejilla. A veces no tenía más remedio que recordar ciertas palabras de mi hermano, que consideraba que aquella gente parecía temer que yo les contagiase algo de vulgaridad—. Podrías sonreír un poquito más —me susurró—. Casi todos los presentes son clientes o personas importantes relacionadas con los negocios de mi marido.

—Hola, Anne —le susurré también—. Las sonrisas, lo mismo que la organización de la boda, os las dejo a vosotros.

—No le hagas caso, mamá. —Valerie sonrió tras darle otro frío beso a su madre—. Shane está encantado de que nos hagamos cargo de todo. ¿Verdad, cariño?

—Por supuesto —respondí.

—¡Mi futuro yerno! —exclamó John Vanderberg al mismo tiempo que me propinaba una palmada en la espalda y me ofrecía una copa—. Vamos, bebe, bebe. A partir de ahora todo serán celebraciones... —rodeó mis hombros y me apartó del resto, llevándome tras una de las fuentes de piedra—... y la mayor de ellas será cuando te conviertas no solo en parte de la familia, sino de mi empresa. Vais a ser la pareja más envidiada de la ciudad.

Me llevé la copa a los labios, pero apenas bebí. Aparte de un poco de vino en las comidas, no solía apetecerme el alcohol, y menos a palo seco. Pero había aprendido, en el tiempo de mi relación con Valerie, que beber —o aparentar hacerlo— formaba parte de ser aceptado socialmente. Yo era un adicto al café, pero esa clase de bebida no era adecuada para esos eventos.

—No me importa mucho lo que piensen los demás —le dije a mi futuro suegro—, pero sí lo que piense yo mismo, y tengo muchas ideas en la cabeza que me gustaría llevar a cabo en la Atlantic.

—Eso es lo que me gusta de ti, muchacho, tu avaricia, tu ambición, tus ganas. Y eso es también lo que necesita

mi compañía, sangre nueva que aporte garra. Estoy deseando que llegue esta boda, por mi hija, por ti y por mí. —Sonrió de oreja a oreja.

—Gracias, John —le agradecí—, por confiar en mí.

—Por supuesto, muchacho... aunque espero no tener que arrepentirme. —Me miró con sus suspicaces ojillos azules por encima de su copa—. O, mejor dicho, que no te arrepientas tú del paso que vas a dar.

Sabía que se estaba refiriendo al período que lo dejé con Valerie, algo que sucedió porque supe, por propia boca de mi hermano, que mi novia se había acostado con él. Sin embargo, aunque mi primera intención fue acabar con la relación, decidí darnos un tiempo.

¿Que por qué habíamos vuelto?

Porque nada había cambiado. Valerie y yo nunca habíamos estado enamorados y ambos éramos conscientes de ello, pero los dos también teníamos muy claro que el amor no era para nosotros. A ella solo le importaba seguir en su círculo, ser aceptada y tener un marido que diera la talla. A mí me interesaba prosperar y ocupar un cargo importante, demostrar que valía para ello. Y tener una compañera en el proceso me parecía lo acertado.

Así, sin dramas, sin celos, sin escenas, sin decepciones... sin amor. Porque, en cuanto esa palabra entra en la ecuación, el resultado solo puede ser uno: decepción.

—Déjame un rato, papá. —Valerie se acercó a nosotros y me cogió del brazo para llevarme junto a una pareja que no recordaba de nada—. ¿Te acuerdas de Betsy y Anthony?

—Por supuesto. —Les di la mano sin tener la menor idea de quiénes eran, aunque, por la conversación siguiente, deduje que ella debía de ser colega de Valerie, y él, un agente de bolsa o algo así.

Tras esa pareja vinieron otras, y, a continuación, alguien que debía de trabajar para la empresa organizadora

de la boda y que se acercó a preguntarnos sobre el color de unas flores o de unos lazos... No lo supe bien, porque no prestaba mucha atención. El tema y los detalles del enlace estaban empezando a agobiarme.

—Perdona, Valerie —le murmuré a mi prometida—, pero debo pasarme por la oficina. Tengo unos documentos por revisar y preferiría que estuviesen listos a primera hora de la mañana. ¿Te importa?

Decir que tenía trabajo era una buena salida, aunque en mi caso siempre era cierto.

—Claro que no. ¿Vendrás luego a cenar? Hemos invitado a algunos inversores de la empresa y...

—Si no te molesta —la corté—, preferiría cenar cualquier cosa en mi casa y descansar.

—Sí, no hay problema —respondió, algo contrariada—. ¿Cuándo piensas poner en venta tu apartamento? Sabes que, como la mejor agente inmobiliaria que soy, te conseguiré el precio óptimo. Yo ya estoy en trámites de la venta del mío, del que arreglaré todo el papeleo mientras terminamos de decorar nuestra futura casa...

Aquel espinoso tema lo evitaba como podía. Porque, desde el polvo de reconciliación que habíamos echado tras la discusión, y de eso hacía un mes, Valerie y yo no nos habíamos acostado más que un par de veces contadas. Ambos habíamos aceptado comenzar de nuevo, poco a poco, y, entre mi cargo en la Atlantic, los preparativos de boda, la nueva casa y las reuniones sociales, cada uno se marchaba a su piso casi cada noche para poder descansar.

Además, si tengo que ser sincero, el sexo con mi novia nunca había resultado demasiado satisfactorio. Se basaba en sesiones de desahogo, en empotrarla contra la pared o contra cualquier superficie dura, prácticamente sin desnudarnos, rápido y sin preliminares, procedimiento que estaría bien si se alternara con algo más pausado, con caricias, con besos, con...

Dejémoslo, no he dicho nada. No podía exigir sexo romántico si no existía amor entre nosotros. Además, tuve que enterarme por Nathan del motivo por el que mi novia prefería ponerse de espaldas y no mirarme a la cara: el hecho era que, físicamente, le atraía más mi hermano. Sí, ya sé que la perdoné, que retomamos la relación y que nos íbamos a casar porque me importaba una maldita mierda el tema del amor. Ya decidí que prefería atenerme a lo mediocre conocido que esperar jodidas flores cubiertas de purpurina que se marchitaran a las primeras de cambio.

Por todo ello, Valerie seguía insistiendo en que vendiera mi apartamento y nos trasladáramos a nuestra nueva residencia, algo a lo que seguía dando largas. Aunque me encantaba la casa y me apetecía vivir en ella con Valerie, quería tomarme mi tiempo de respiro, aprovechar lo poco que me quedaba de soledad y saborearla.

Sí, siempre me había gustado estar solo. Y, por eso, no pensaba deshacerme de mi piso. Sabía que, en el futuro, tendría mis momentos; que, de vez en cuando, necesitaría volver a mi sencillo, acogedor y pequeño espacio.

John Vanderberg le había regalado a su hija por su boda —y, por ende, a mí— una mansión de tres millones de dólares en Whitestone, que todavía estaban terminando de decorar y a la que yo apenas me había acercado todavía. Valerie había estado viviendo en su apartamento en el Upper East Side, y yo, en el mío de Cobble Hill, algo que podía resultar extraño en una pareja, pero que siempre nos había parecido lo más práctico.

Sin embargo, parecía que a Valerie empezaba a incomodarle ese hecho.

—Creo que la gente comienza a hablar, Shane —insistió—. No es lógico que vivamos separados a pocos meses de nuestra boda. ¿Por qué no te mudas ya a nuestra casa? Solo faltan unos pocos detalles, pero posee todo lo necesario para vivir...

—Ya hablaremos de eso, Valerie. —Me acerqué a ella y le di un beso en la mejilla—. Hasta mañana.

—Hasta mañana, Shane —suspiró.

—Buenas tardes, señor O'Brien —me saludó el empleado de la seguridad del edificio de la Atlantic Group Corp.

—Buenas tardes, Jim.

Seguía sintiendo una inexplicable satisfacción cada vez que accedía a la sede de la compañía de telecomunicaciones más importante del país, de la que yo era el CEO. Había luchado y trabajado muy duro por conseguir aquel puesto, mi objetivo desde que me convirtiera, junto con mi hermano, en el mejor ejecutivo de la plantilla. La diferencia entre nosotros había radicado en que, aunque él era bueno y disfrutaba de su trabajo, para mí era lo más relevante de mi vida.

Las oficinas permanecían vacías y me sentía bien en aquel silencio y aquella soledad. Revisé algunos documentos, firmé otros tantos, preparé la reunión del día siguiente, y hubiese seguido horas allí de no ser porque un rugido en mi estómago me recordó que llevaba demasiadas horas sin comer. Dejé la sede y, cuando ya había cogido un taxi, decidí que esa noche no cenaría un sándwich en casa. Me apetecían platos más elaborados, como los que ofrecían en uno de los mejores restaurantes de Manhattan, en el SoHo, y allí me dirigí. Me saludó el *maitre*, ocupé mi mesa e hice mi elección.

Y, justo después, un remolino de color, de vida y de frescor con olor a flores irrumpió como un vendaval e interrumpió mi soledad.

Era una chica con la mitad de su pelo rubio teñido de rosa.